

Para innovar y emprender no es requisito pasar por la universidad

Innovador es alguien que genera ideas de productos y servicios, o de procesos para mejorar productos y servicios existentes. Emprendedor es alguien que inicia una actividad económica productiva, con el afán de vender el producto o servicio generado mediante un proceso de innovación, contribuyendo a la creación de empleos y puestos de trabajo. Empresario es, generalmente, un emprendedor cuyos emprendimientos pasados ya han dado frutos, es decir, se han convertido en actividades económicas productivas que se encuentran en plena operación. Ciertamente hay muchos empresarios que han comprado sus empresas cuando ya estaban desarrolladas, los cuáles nunca fueron emprendedores protagonistas del inicio del ciclo de vida de una empresa. Por lo tanto, es posible que la capacidad de innovación esté dissociada de la capacidad de emprendimiento, y que las capacidades de innovación y emprendimiento estén dissociadas de la capacidad empresarial.

Nuestro país necesita todas estas capacidades, pero por sobre todo le hacen falta las capacidades de emprendimiento e innovación. Desde esta perspectiva, es una ventaja que tales capacidades puedan manifestarse con independencia de la capacidad empresarial, puesto que un proceso de formación para desarrollarlas demanda menos recursos de los que demandaría el desarrollo de la capacidad empresarial. Las capacidades de emprendimiento e innovación dependen principalmente de la formación de la personalidad, puesto que se asocian a características tales como la voluntad, la perseverancia, la propensión adecuada al riesgo, la tolerancia a la frustración, entre otras.

En la enseñanza técnica profesional, la modalidad de formación para el trabajo en el nivel de enseñanza media para la formación de técnicos en administración, o en gestión de pequeñas empresas en otras especialidades, se aborda tradicionalmente enseñando contabilidad, comercialización, administración de personal y otras materias relacionadas. Se espera que tales conocimientos contribuyan al objetivo de incrementar la capacidad de emprendimiento, pero el resultado que realmente se obtiene no sobrepasa el ejercicio de roles administrativos en empresas existentes por parte de los egresados.

Felizmente, la capacidad de evaluar qué necesidad no está siendo debidamente atendida y, en consecuencia, vislumbrar una oportunidad de negocio, la puede desarrollar cualquier persona, mejor aún si tiene un entrenamiento en el ámbito técnico profesional, cuyas especialidades están organizadas por rubros o industrias productivas. Por ejemplo, un estudiante de agropecuaria con entrenamiento en manejo de residuos, puede encontrar una buena oportunidad en darle valor a los residuos orgánicos de procesos vegetales y animales, convirtiéndolos en turba y/o sustratos para plantas y, finalmente, reconocer que es una necesidad sentida por algún nicho de consumidores, para cuya satisfacción faltan ofertas adecuadas.

Para esto no se requiere ir a la universidad. Estas capacidades se pueden desarrollar perfectamente con la ayuda de la enseñanza básica y media. Pero para ello se requiere de formadores concientes del valor de dichas competencias, comprometidos con algún programa práctico y concreto para desarrollarlas, pero más que todo, empeñados en fortalecer las conductas y actitudes que hacen principalmente a un buen emprendedor: conciencia de la capacidad individual como principal motor del desarrollo personal, jóvenes con confianza en sus capacidades personales, personalidades perseverantes, con gran capacidad de tolerar el fracaso, convirtiéndolo en experiencia para volver a comenzar. El ingenio que dará lugar a nuevos productos y servicios vendrá como corolario.